

CUARTA MESA REDONDA

Literatura y Globalización

Moderador: Luis Javier Moreno

Participantes: José Vidal-Beneyto, Julio Pérez Serrano, Fernando Valls.

Luis Javier Moreno: Buenas tardes. Vamos a dar comienzo a la mesa redonda que tiene por título “Literatura y Globalización”. En esta mesa van a intervenir el profesor Vidal-Beneyto, que ya ha participado con su conferencia y ha sido presentado por Jesús Fernández-Palacios, el profesor Julio Pérez Serrano y el profesor Fernando Valls. Me voy a limitar brevemente a servir de intermediario para que tengan una ligera idea sobre ellos. Julio Pérez Serrano es profesor de la Universidad de Cádiz, del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea y director del Grupo de Historia Actual de la Universidad de Cádiz. Ha publicado varios libros y numerosos artículos en revistas especializadas. Fernando Valls es profesor de Literatura Española Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona, ha publicado libros como *La enseñanza de la literatura en el franquismo* y *La realidad inventada. Análisis crítico de la novela española actual*, que llega hasta el año 2003, y ha hecho ediciones de textos y libros especializados sobre autores como Luis Goytisolo, Juan Luis Panero, Jardiel Poncela, Miguel Mihura, Juan José Millás y Luis Mateo Díez. En la actualidad es director de la revista literaria *Quimera*, que todos conocemos, y que va a cumplir 25 años ya de vida editorial.

Respecto al tema, ellos nos van a informar desde los aspectos más convenientes o destacados sobre este sintagma de “Literatura y Globalización”, incluso sobre la antiglobalización también, sobre las dimensiones que en la literatura o en la historia puedan tener estos conceptos, y no les voy a decir más porque, como comentaba ayer Guelbenzu respecto a ello, me considero un absoluto lego, una especie de ignorante informado. Todos tenemos algún tipo de información que, al no ser lo suficientemente amplia, no nos permite una profundización verdadera. Estoy deseando que empiecen a hablarnos de este asunto, por lo menos para que esa información sea un poco más extensa y competente. Va a hablar en primer lugar el profesor Julio Pérez Serrano.

Julio Pérez Serrano: Escuchaba antes la intervención del profesor Vidal-Beneyto y me alegraba, por una parte, porque coincidía con muchas de las ideas que estaba

expresando pero, por otra parte, comenzaba a preocuparme viendo cómo poco a poco iba deshojándose la margarita de mi intervención. Finalmente, creo que han quedado algunos pétalos, y algo podré decir. Creo que es un reflejo de que hay problemas sobre la mesa que de alguna forma y desde diferentes disciplinas -porque yo soy historiador-, todos percibimos como tales. Los abordamos de manera distinta, pero, a la postre, los objetivos son muy parecidos: el conocimiento y el saber humano; es decir, intentar comprender y globalizar (y ahora entraré un poco en el tema de los términos) la realidad que nos rodea, el medio en que nos movemos.

Aquí se supone que venimos a debatir sobre dos palabras o dos conceptos, con una letra que en este caso tiene una gran trascendencia, que es la letra “y”. “Literatura y Globalización” es el tema de esta mesa redonda. Y ahí vienen los problemas, porque en nuestras intervenciones se supone que, puesto que el concepto no está todavía universalmente aceptado, no existe un consenso, un paradigma que nos permita a todos referirnos de la misma manera a la globalización. Mi punto de vista es parcialmente coincidente con el que se ha expuesto hace unos minutos, pero también, en algunos puntos, tiene matices diferentes, y no puedo asegurar que lo que yo diga tenga la misma base teórica o paradigmática que lo que vaya a decir el profesor que me va a suceder en el uso de la palabra. Precisamente por esa razón, es necesario, en primer lugar, aclarar qué significan ambos conceptos y, después, relacionarlos en el plazo de diez o pocos minutos más. Es algo difícil; por tanto, voy a ser muy sintético y, en la medida de lo posible, diré sólo aquello que sea imprescindible para la coherencia de mi intervención. Después, si ha lugar, en el debate o en las preguntas abundaré en algunos aspectos más específicos del punto de vista que yo defiendo.

Comenzando por el final, por la globalización, diré que, desde mi punto de vista y desde el punto de vista de bastantes autores del ámbito en el que yo me muevo, es un tópico, es un mito. Y diré también que es una realidad. ¿En qué medida puede ser un tópico y un mito y, a la vez, una realidad? En la medida en que el contenido del término no es universalmente aceptado y, así, dependiendo de qué contenido le demos será un mito o un tópico, o será una realidad. Lo primero que quisiera defender es que esta palabra se introduce en nuestro vocabulario fundamentalmente a través de los medios de comunicación, y luego también en otras esferas más sofisticadas: a finales de los 80, en un contexto muy singular de la historia contemporánea de nuestro mundo, el de la caída del muro de Berlín y el final de la Guerra Fría. Creo que ése es un elemento, una referencia que no se puede perder de vista para asociar la globalización a esta idea de

mito o de t3pico. El hundimiento de la Uni3n Sovi3tica, la desarticulaci3n del bloque socialista, de lo que en aquel momento era uno de los grandes poderes en las relaciones internacionales, supone una gran conmoci3n, no solamente para la esfera pol3tica sino tambi3n para la ciudadanía del planeta, que ve c3mo las coordenadas en que la vida social se hab3a desarrollado -no s3lo en los a3os de la Guerra Fr3a sino en el 3ltimo siglo de lucha entre capitalismo, socialismo, liberalismo, planificaci3n- de pronto se salda con la victoria sin paliativos de la opci3n capitalista, del liberalismo, del mercado, de la democracia, pr3cticamente sin resistencia en aquellos pa3ses que hab3an liderado la opci3n socialista. Esa gran conmoci3n intelectual precede al final del siglo y del milenio.

Y he ah3 un segundo elemento que, a mi juicio, tambi3n explica el 3xito de la palabra *globalizaci3n*: que se introduce en el vocabulario en la proximidad del fin del milenio. Por tanto, tiene un componente *milenario*. Yo escrib3 en aquellos a3os, refiri3ndome precisamente a la globalizaci3n entendida como ahora estoy defini3ndola (es decir, como t3pico, como mito), que era una utop3a perversa porque pretend3a transmitirnos no solamente lo que se hab3a producido, sino lo que iba a venir. Ten3a un componente prospectivo, pero adem3s inevitable, en lo que se supone que iba a ser un futuro esplendoroso para la Humanidad, donde la democracia, los derechos humanos, el progreso, el bienestar y todo lo que la Humanidad hab3a ido persiguiendo a lo largo de siglos iba a conseguirse de una manera natural, sin ninguna intervenci3n violenta y sin necesidad de que los ciudadanos se organizaran o lucharan por ello. Por eso digo que era una utop3a perversa: porque era una utop3a desmovilizadora, mecanicista, que hac3a recaer sobre la evidencia del progreso tecnol3gico, de las telecomunicaciones, de la robotizaci3n de la econom3a y de tantos otros signos de la modernidad tecnol3gica, un componente 3tico, pol3tico y una perspectiva de futuro ajena a la intervenci3n humana. Desde mi punto de vista, ah3 estaba el drama de la utop3a tecnol3gica que aparece en esa 3poca.

¿Y qu3 es lo que sucede? Que en pocos a3os pasa el milenio y ese mundo sin guerras, sin desigualdades, sin miseria, sin injusticias, ese mundo de progreso para todos, de derechos humanos para todos, ese triunfo del mundo occidental y de sus valores a escala planetaria se traduce en nuevas guerras, m3s desigualdades, m3s pobreza, m3s conflicto, una gran incertidumbre en todos los 3rdenes..., y eso provoca una gran crisis intelectual en nuestro tiempo. Es la crisis intelectual que sobreviene a esa euforia colectiva del fin de la guerra fr3a.

En ese sentido, quisiera pasar a una segunda idea. La globalización entendida así, yo la denomino “discurso de la globalización o discurso globalista”; es un discurso, es ideología. Por tanto, en esa acepción, lo que nos han vendido como *globalización* es una mercancía defectuosa, no es una realidad, sino lo que algunos quieren que sea el futuro. Pero ese futuro se nos vende como algo deseable para todos, cuando en realidad lo que se pretende es amarrar las claves del poder a escala internacional. Y eso se demuestra en la primera guerra del Golfo, posteriormente en las intervenciones en los Balcanes, en la política hegemónica norteamericana a nivel mundial y en la serie de movimientos que otras grandes potencias están efectuando. Es decir, estamos en una fase en la que existe una gran tensión en la política internacional, y eso va en un camino diametralmente contrario al que se le ha estado diciendo a la ciudadanía, esto es, “tranquilos, que no pasa nada, que todo se rige por leyes naturales y vamos a ir hacia ese futuro esplendoroso sin necesidad de que nos movilizemos”. Ahora bien (yo me he dedicado a investigar eso), ¿hay algo de realidad en la globalización? Efectivamente, hay algo de realidad. Una realidad que se basa en lo que hemos percibido, una gran revolución científica y tecnológica basada o desarrollada fundamentalmente en el ámbito de las telecomunicaciones, de la microinformática, de la microelectrónica, de la biotecnología, donde es perceptible un gran salto tecnológico. Pero, como historiador, me he preguntado a continuación: ¿ese salto tecnológico es tan innovador que justifique la gran apatía, la actitud de estar con la boca abierta dejando que la propia ciencia, la propia tecnología hagan el trabajo que la humanidad ha tenido que realizar día a día, conquistando derechos, organizándose, combatiendo las desigualdades, buscando fórmulas políticas y económicas más igualitarias? A mi juicio, no lo justifica. Hay muchos precedentes, se han mencionado antes –imagino que sería en ese sentido-, de procesos históricos en los que la Humanidad ha dado saltos tecnológicos. Basta con irse a un siglo atrás, a 1870, con la segunda revolución industrial, la llegada del petróleo o de la electricidad. ¿Qué supusieron para la ciudadanía de aquella época la luz eléctrica, el automóvil, el avión...? Son elementos del contexto de la revolución tecnológica del último cuarto del siglo XIX, y también un gran salto en el proceso que ahora veremos en su acepción de globalización. Pero antes se había producido una revolución, en el siglo XVIII, que había traído la máquina de vapor, la automatización. Los primeros ferrocarriles estaban tirados por animales. El hecho de que hubiera una máquina automotor, de que se produjera energía por medio de la máquina de vapor, ¿qué supuso para la ciudadanía de aquel siglo XVIII y principios del XIX? ¿Qué les supuso ver una

máquina que echaba humo y se desplazaba llevando mercancías, personas y también ideas de un sitio a otro? Y eso en el siglo XVIII; pero ¿qué pensarían los navegantes que fueron con Colón a América y que comprobaron, gracias a las nuevas técnicas de la navegación y a todo el contexto de la revolución del humanismo, no sólo que la Tierra no era el centro del universo, sino también que el mundo era abarcable, que tenía una forma determinada y que había colectividades al otro lado de ese mar que se consideraba infranqueable, como frontera histórica de la civilización? Y, en fin, así podríamos llegar hasta el Neolítico. La rueda como invento, la agricultura, han sido formas de globalización, porque en el concepto de globalización que yo manejo -e igualmente otros autores que, como yo, se mueven en el terreno de la ecología humana- se barajan y se distinguen con toda claridad la mundialización como un proceso histórico y, por tanto, heterogéneo, desigual, de abarcar todo el planeta, y la globalización como una tendencia o una capacidad propia de nuestra especie.

Ése sería quizás un matiz respecto a la intervención anterior, pero creo que merece la pena situarlo, porque, si lo vemos así, la globalización no sería patrimonio de quienes han ganado la guerra fría, sino que sería un patrimonio de la Humanidad, puesto que el hecho de globalizarnos es un rasgo específico de nuestra especie. ¿Y qué significa globalizarnos? Yo creo que, siguiendo a Amos Hawley y a otros sociólogos que han trabajado sobre el tema, hay tres grandes rasgos que definen esta tendencia a la globalización de nuestra especie. El primero, la tendencia al crecimiento de la población hasta ocupar todo el espacio disponible. Hay personas desde los Polos hasta el Ecuador, nos movemos a grandes alturas o al nivel del mar, con frío, con calor... En segundo lugar, la disminución progresiva de los costes de la movilidad: cada vez nos resulta más fácil y más barato desplazarnos a mayor distancia, no sólo físicamente, sino también desplazar nuestras mercancías, nuestros productos y nuestras ideas. Hoy estamos mandando en tiempo real un correo electrónico; la carta antiguamente tardaba muchísimo tiempo, y antes de que existiera un sistema de correos, imaginaros. Y por último, el que el ecosistema humano se vuelve cada vez más complejo, cada vez hay más interrelación. Ésos son los tres rasgos que caracterizan la evolución humana, la historia humana, lo cual, desde mi punto de vista, es el concepto o el contenido que deberíamos darle a la globalización, fundamentalmente para desvincularla del intento de patrimonialización que de ella ha hecho quien ha ganado la guerra fría.

La coyuntura que estamos viviendo de revolución tecnológica y de implementación de esa revolución a escala social tendría su momento de arranque en la

coyuntura crítica de fines de los 60 y principios de los 70. Sólo voy a mencionar cinco grandes acontecimientos que se dan en el año 1973. Yo publiqué hace algún tiempo un trabajo que se llamaba *1973, año cero del capitalismo global*. Porque, desde mi punto de vista, si aplicamos la palabra *globalización* a este proceso histórico e interminable de evolución humana, lo que estamos viviendo tiene que tener otro nombre. Y lo que estamos viviendo se define muy bien con la palabra *capitalismo* como ecosistema mundial, pero un capitalismo con otro apellido, no es el capitalismo financiero contra el que clamaron Lenin o los socialdemócratas de principios del siglo XX. Es un capitalismo distinto. Para algunos autores, cuyo punto de vista comparto, sería el *capitalismo global*, donde el capital intangible, una forma de capital que siempre ha existido pero que ahora adquiere una función preponderante, es el que define la competencia, el que determina en última instancia la competencia. Sobre esto no me puedo extender, pero lo propongo para el debate.

Me refería antes a cinco acontecimientos. 1973, golpe militar en Chile; Pinochet llega al poder –hace muy poco tiempo hemos tenido el recuerdo del 30º aniversario del golpe-. De ahí viene la primera experiencia práctica del neoliberalismo a nivel mundial. Es la primera vez que el neoliberalismo, las teorías de la *escuela de Chicago*, de Milton Friedman, de Hayek y de otros, se aplican en la práctica, en las condiciones de Dictadura. En segundo lugar, el atentado de ETA que tiene como consecuencia la muerte de Carrero Blanco y el desbloqueo de una situación de expectativa de continuismo del franquismo sin Franco. La muerte de Carrero Blanco significa que es posible la transición a la democracia, otra expresión clave de nuestro tiempo (*neoliberalismo, transiciones a la democracia*, son enunciados que estamos escuchando continuamente y que forman parte del vocabulario del mundo de la globalización). El tercer elemento, la Comisión Trilateral, surge tras una reunión en Tokio a la que asisten, entre otros, Rockefeller, Henry Kissinger y Brzezinski, y cuyo resultado es la creación de un foro encargado de planificar la imagen pública del capitalismo, un elemento clave también de dominación ideológica en nuestros días. El cuarto de estos elementos que tuvo lugar en 1973 es la llamada *crisis del petróleo*, que manifiesta el agotamiento de nuestro modelo productivo basado en el uso de combustibles fósiles. Lo seguimos viviendo hoy, en las últimas guerras de la época del imperialismo, en las guerras por los recursos petrolíferos. 1973 supone el momento en el que se percibe este nuevo mundo de agotamiento de los recursos energéticos. Y por último, también en el mismo año, el abandono del patrón dólar. ¿Y qué significa esto? Inestabilidad en los mercados

internacionales, competencia entre las monedas, competencia entre los polos de desarrollo económico. Es el mundo de nuestros días, el mundo de Estados Unidos compitiendo con la Unión Europea, el de las grandes crisis financieras de Japón en competencia con el mundo norteamericano; es el mundo de la depredación planetaria desorganizada. Y un matiz: en ese año también, se inventa el primer ordenador personal, el *Xerox alto*, que por supuesto era mucho más grande y absolutamente pedestre, pero era el primero que tenía ratón y disco duro, dispositivos básicos de nuestros días.

Estos cinco elementos se combinan en la coyuntura crítica de génesis, en esa coyuntura fundacional que fue el principio de la década de los 70. La revolución tecnológica avanza como consecuencia de la crisis del petróleo, de la necesidad de cambiar el modelo productivo y de implementar estos avances tecnológicos que ya se estaban produciendo. En lo político, el modelo de transición a la democracia sustituye al discurso teórico de la revolución social, que había durado casi dos siglos, y si atendemos ahora al discurso político progresista, la palabra *transición* y la palabra *democracia* han sustituido a las palabras *revolución* y *socialismo*, porque el discurso de la transición ha sido un discurso extraordinariamente eficiente (en parte gracias a la experiencia española) e invasivo, porque se aplica a situaciones completamente distintas, como lo que ha sucedido en Europa Oriental, o lo que pasó en Argentina y Chile después de las dictaduras, o lo que se está haciendo en Afganistán, que no tiene nada de transición aunque se denominó así. Y, por último, en el ámbito de la cultura, la hegemonía del discurso globalista en esta malla del paradigma global, potenciada en última instancia por los foros internacionales y por instituciones como la Comisión Trilateral, a la que antes me he referido. ¿Por qué esto no llega a los ciudadanos antes? Porque estábamos en plena Guerra Fría, es decir, por las prioridades geopolíticas existentes. Internet ya existía, pero existía como un arma de los Estados Unidos en su guerra contra la Unión Soviética. Pero las prioridades geopolíticas no desaparecen a nivel planetario hasta que se pone en circulación todo este bagaje tecnológico del que ya se tenía conocimiento, y cuando mitos como el de las transiciones políticas o el neoliberalismo se ponen en el mercado con el binomio democracia-mercado que nos saturó a fines de los 80.

Y todo esto, ¿qué tiene que ver con la literatura? Yo, como no soy especialista en el tema y después me va a suceder alguien que sí lo es, sólo voy a hablar de la literatura desde el punto de vista del historiador, o como ciudadano que se preocupa por el futuro de su sociedad. Creo que la literatura tiene mucho que ver con la globalización,

porque, entendida ésta como proceso evolutivo de nuestra especie, arranca precisamente de la alfabetización. Y no sólo es un gran salto en la globalización la alfabetización, también lo es la primera manifestación literaria. Toda la transmisión de la memoria, la formación de identidades, la comunicación de valores a través de la literatura, tejen esa malla, ese ecosistema humano cada vez más interrelacionado, y contribuyen a que nuestra sociedad sea cada vez más compleja. Por tanto, es un motor de globalización, está asociada a ella. Pero la literatura en esta coyuntura concreta, y en general la cultura y los intelectuales, tienen el reto de saber ubicarse en dos posiciones difíciles a las que nos aboca la situación en que vivimos: por un lado, el lugar del intelectual o literato cortesano, el que vende lo que el mercado demanda o lo que le imponen las grandes editoriales o los *lobbies* de poder, el que difunde el discurso globalista, el que transmite los mitos y los tópicos anestésicos que sirven precisamente para que la incertidumbre global sea debatida sólo por unas minorías o por técnicos especializados y los ciudadanos se mantengan a la expectativa; y el otro lugar –donde yo me encuentro desde hace muchos años, y permitidme la petulancia porque yo no me considero un intelectual –, muy incómodo, el de los malditos, el de los que están fuera, el de los que teorizan, interpretan o analizan de manera crítica el proceso y sacan las tripas de aquellos asuntos que el pensamiento único o discurso globalista ha ido colocando como elementos de consenso o elementos paradigmáticos que deben dominar todo el discurso.

Creo que la apatía de los intelectuales viene en parte provocada por la incomodidad que significa colocarse en el lugar del intelectual maldito, con lo que ello conlleva para la proyección profesional, académica o artística. Y también, en cierto modo, porque muchos intelectuales llevados por la buena fe y por la valoración objetiva de los grandes avances que la Humanidad, efectivamente, ha vivido en el último cuarto del siglo XX, se tranquilizaron y consideraron que no eran tan urgentes la intervención, el compromiso, puesto que parecía –y, de hecho, muchos en aquel momento compartían esa percepción– que la Humanidad, por fin, había entrado en razón. Sin embargo, los hechos recientes, y los conflictos bélicos sobre todo (porque las guerras aclaran mucho las ideas), han provocado que haya un espíritu crítico cada vez mayor y una mayor percepción de que es necesario cumplir la tradicional función de los intelectuales, que es, como digo, explorar escenarios posibles. En eso, la literatura se parece mucho a la Historia; la Historia que tratamos en mi grupo de trabajo es historia del presente, historia prospectiva, que trata de ver no lo que pasó, sino lo que va a pasar (no como Rappel y otras gentes, porque nosotros no cobramos tanto ni predecimos, sino que

proporcionamos una batería de situaciones posibles). Esa exploración del futuro, dando escenarios posibles, la compartimos los historiadores del presente con los literatos. Los literatos también exploran en su obra escenarios posibles, utopías perversas o alternativas críticas, depende del posicionamiento que cada uno tenga.

También es función del intelectual y del literato de nuestros días la recuperación de la memoria. Recuperar la memoria histórica es muy importante, porque impide los injertos de memoria. Hemos vivido injertos de memoria tremendos en épocas recientes, como esas biografías, o más que biografías obras apoloéticas y casi hagiográficas, que vinculaban al presidente Aznar con Azaña. Eso lo hemos escuchado todos, y ha tenido una gran funcionalidad, porque permitió desvincular la figura de Aznar y de su partido de la herencia histórica del franquismo, y conectarlo con un presidente democrático republicano como fue Manuel Azaña, al que por cierto persiguieron hasta casi su lecho de muerte aquellos que estuvieron, diríamos, en la genealogía del presidente Aznar. Esos son injertos de memoria. Y la literatura está para combatirlos. También para recuperar una memoria de épocas que han sido olvidadas, porque aunque el olvido ayuda, esas épocas están ahí, y marcan nuestro presente. Yo recuerdo, por ejemplo, la obra de la generación de los 50, pero también la de Gironella, cuando nos colocó la Guerra Civil sobre la mesa, porque el franquismo estaba empeñado en que aquí no había habido ninguna guerra civil, sino una cruzada en la que por fin se había eliminado al comunismo. Entonces, que nos vinieran a decir: “oye, que eso no fue lo que pasó”, fue algo bastante arriesgado por parte de quienes lo hicieron, y muy importante. La memoria de la Guerra Civil, la memoria de los olvidados de la transición, la memoria de quienes renunciaron a mucho para que tuviéramos lo que tenemos, y de otros que no renunciaron a nada o a casi nada, y que son quienes están gobernándonos todavía, constituye una memoria histórica aún por recuperar, desde la Historia y desde la literatura. Y la formación de identidades colectivas, las categorías que nosotros barajamos, las categorías de clase, el sentimiento de adscripción a un grupo como por ejemplo la clase obrera o la clase burguesa, se gestaron con la literatura. La literatura cohesiona identidades, crea categorías y transmite valores.

Para terminar, me atrevería a proponer, como valores por los que merecería la pena luchar para evitar que se imponga la interpretación mítica, utópica y perversa de la globalización que hoy hace el poder a escala nacional e internacional, cuatro ejes, que coinciden en parte –para mi sorpresa y alegría– con lo que ha dicho antes el profesor Vidal-Beneyto, lo cual es un honor. En primer lugar, una nueva ciudadanía planetaria;

es la categoría que tenemos que construir, porque las categorías y las identidades se construyen, no nos vienen dadas, no son esenciales, no están en el RH, sino que se elaboran a través de las herramientas culturales de que disponemos (una de ellas es la literatura, otra la Historia), basadas en derechos universales no esenciales. Un segundo objetivo debiera ser, y en España lo tenemos muy presente, la secularización del sentimiento nacional; no se puede ir contra el sentimiento o la adscripción nacional, pero sí se puede secularizar, hacerlo laico, se le puede quitar el dogma religioso que lleva asociado, la misión histórica de los pueblos. Los pueblos no tienen ninguna misión, no tienen ninguna esencia. Los pueblos son colectividades, agrupamientos humanos históricos que tienen un origen, un desarrollo y desaparecen con otros agrupamientos superiores. Pero ese sentimiento nacional, cuando sea laico, será integrable; mientras sea esencialista, será siempre excluyente. Es un reto para la literatura y la Historia. En tercer lugar, la multiculturalidad y el concepto de integración de las minorías; sobre eso no hablo nada, puesto que en esta provincia, con el Estrecho aquí al lado, ese reto es permanente. Y por último, la conciencia ambiental.

Yo creo que esos cuatro -por citar sólo los que me parecen más esenciales, y ésta es precisamente la selección que debe hacer un historiador- serían los ejes por los que merecería la pena luchar para que los intelectuales, sean historiadores, sean literatos, sean artistas, podamos de una manera eficiente promover la globalización. No luchar contra la globalización, sino luchar contra el capitalismo global y sus secuelas. Pero promover, frente a eso, la globalización; no darle al capitalismo el balón de oxígeno que significaría regalarle la tendencia que tiene la humanidad a intercomunicarse, a relacionarse, a conocerse, a integrarse, a hacerse más igualitaria. Porque eso no es patrimonio del capitalismo: el capitalismo, de hecho, es un sistema en gran medida histórico, e incompatible con esos principios. Desde ese punto de vista, la palabra, que nos comunica, que nos ayuda a globalizarnos, es herramienta común a la Historia – puesto que la Historia surge de la escritura, de la palabra – y a la literatura. Es la palabra el arma de que disponemos para luchar por la globalización contra el capitalismo global. Y hay otras armas, verdaderas armas de destrucción masiva: la guerra, la violencia, la dominación, el talante autoritario, que son las armas que los poderosos del planeta están utilizando en la actualidad. La literatura y la Historia están convocadas hoy a combatir a estas armas, haciendo uso de lo que la Humanidad siempre ha tenido como herramienta más eficaz de globalización: el uso de la palabra. Muchas gracias.

Fernando Valls: Ésta es una invitación que, aunque os la agradezco mucho, está envenenada. La verdad es que no sé muy bien en qué consiste la literatura de la era global. Cuando me hicieron el encargo, me fui a una buena librería de Barcelona, a La Central, en la que suelo comprar, y encontré infinitos textos sobre la globalización, pero desde un punto de vista económico, político, histórico, etc. Desde un librito sencillísimo de José Luis Sampedro, *El mercado y la globalización*, que podría haberse llamado “La globalización explicada a los niños”, hasta un interesante ensayo de Alessandro Baricco, publicado en Anagrama. No he encontrado nada, sin embargo, sobre “Literatura y globalización”. Después, rebuscando en mi biblioteca, sí que di con un volumen titulado *La narrativa española en la era global*, cuyo contenido no responde evidentemente a su título. Su autor, víctima de los llamados “estudios culturales”, nos viene a decir que la literatura en la era global no se puede leer simplemente como se hacía antes, no se puede hacer la novela o la poesía como antaño (él se ocupa sobre todo de la novela), sino que hay que relacionarla con los edificios de Calatrava, con las películas de Almodóvar, los tebeos, la pintura de Miquel Barceló y otras muchas manifestaciones más o menos artísticas. Pero mucho me temo que por ese camino ni vamos a conseguir nada, ni a entender siquiera grandes cosas.

Lo que sí intuía, y me preocupa, es que hasta hace diez, quince o veinte años los que nos dedicábamos a la Historia de la Literatura podíamos explicar la ficción, el desarrollo de la historia literaria, casi manejando únicamente textos literarios, y con ellos lográbamos trazar un panorama, o señalar las líneas de fuerza, e intentar explicar cuál había sido la historia de la narrativa española, por ejemplo, en el siglo XX. A partir de los años setenta y comienzos de los ochenta (no es fácil fijar una fecha) aquello ya no fue suficiente, de modo que si alguien quisiera hoy hacer un buen libro sobre la novela española de las últimas décadas, tendría que tener en cuenta muchísimos elementos que nada tienen que ver con la ficción o, al menos, con su esencia, y sí, en cambio, con los numerosos componentes del mercado. De hecho, es aquí donde podríamos casar literatura y globalización, hecho que debería permitirnos reflexionar sobre cómo este mundo globalizado ha influido en la creación literaria, tema éste de sumo interés.

Hace poco encontré una perla en el diario *El País*, en un artículo de Juan José Millás, un escritor cuyos artículos aprecio mucho. Millás comentaba que lo único que de verdad se había globalizado, aparte de la explotación y la codicia, era la ceguera. En la literatura ha ocurrido algo similar. Así, en las últimas décadas, cada vez con mayor frecuencia, se nos ha dado gato por liebre. Más allá de los meros especialistas que

siguen los avatares de la vida literaria y suelen leer un gran número de libros que les permite entender su sentido y valor, además de poder distinguir los productos esenciales, auténticos o complejos, de esos otros esperables o demagógicos –como Abel Posse señalaba esta mañana-, una categoría de libros, esta última, en aumento, pues cada vez hay menos gente capaz de distinguirlos; más allá de esos especialistas, decía, creo que resulta muy costoso y confuso escoger entre tanto libro disponible. Me estoy refiriendo sobre todo al lector medio, que es quien realmente cuenta, esas personas que leen por placer, por satisfacción personal, y a quienes les debe costar verdadero esfuerzo y trabajo elegir un libro, a veces amañado y poco pensado.

Por mi parte, lo que me parece grave es que, dentro de esta supuesta literatura global, los libros se hayan convertido en mercancías que circulan de acá para allá, de modo que estaría produciéndose una situación -supuestamente, porque en realidad no es así- en la que los libros se traducen y los novelistas españoles están presentes en Alemania, Estados Unidos, Inglaterra, etc; cuando en todos estos casos lo cierto es que la globalización es sólo unidireccional. En efecto, mientras nosotros (me refiero al caso español, que es el que creo conocer) lo traducimos prácticamente todo, la literatura española se traduce quizá más que nunca pero todavía de forma insuficiente. Así las cosas, lo que más sorprendente de este proceso es el criterio con que se traduce. No en vano, todavía hoy, a comienzos del siglo XXI, estamos padeciendo una lacra que arrastramos desde el franquismo, y es que, con poquísimas excepciones, la literatura española (fundamentalmente la novela, por citar lo que más se traduce y divulga) sigue leyéndose en el extranjero casi únicamente como antropología, como folklore. Es decir, lo que en general siguen esperando de nosotros es antifranquismo y color local. Éste es el caso de un escritor que aprecio, Rafael Chirbes, quien ha intentado trazar en sus novelas una crónica de la vida política, social y cultural española de las últimas décadas. A pesar de que con el paso del tiempo sus novelas se hayan ido haciendo más complejas y acertadas, en Alemania, por ejemplo, donde sus libros tienen un cierto éxito, siguen leyéndolas como Historia, según confesión del propio editor, no como literatura. A decir verdad, ¿acaso los lectores españoles leen la literatura africana o asiática como tal, en vez de hacerlo como antropología o folklore? Creo que también nosotros nos enfrentemos a esos textos con los mismos prejuicios con que se enfrentan los lectores europeos a los nuestros...

Por lo que respecta a la literatura, éstas son algunas de las lacras principales más graves de la globalización. Asimismo, no menos grave me parece de qué manera todo

este panorama está condicionando, en ciertos casos, el estilo y la concepción narrativa de algunos escritores. En esta ocasión, la pregunta sería (suelen ocurrírseme más preguntas que respuestas): ¿puede crearse una literatura globalizada, homogeneizada, que se dirija al consumo occidental, incluso mundial? Y de ser así, ¿a costa de qué? Es muy posible que ahora mismo haya diez, quince, veinte escritores, para centrarnos en todo el ámbito hispánico que, en efecto, escriban una literatura capaz de interesar tanto en París, Londres y Nueva York, como en El Cairo. Ahora bien, insisto, ¿a costa de qué? Quizá, por cuenta de renunciar a la esencia de lo literario, de lo particular y, en fin, a la complejidad lingüística y estructural. Es evidente que una novela ambiciosa y compleja desde el punto de vista lingüístico y estructural genera una traducción mucho más costosa y una difusión mucho más problemática. Sin olvidar que la distancia entre el original y la traducción suele ser muy superior. En este sentido, piensen, por ejemplo, en por qué a un escritor tan indiscutible como Valle Inclán le ha costado tanto acceder a los lectores y espectadores teatrales europeos. Sus piezas, a la altura de los grandes dramaturgos europeos del siglo XX, apenas han cuajado en ningún sitio, lo cual tal vez se explique por el tipo de escritura que le define, por ese lenguaje tan suyo que tan dificultosa hace cualquier traducción. Algo semejante parece haberle ocurrido a Cela, otro escritor que soporta mal la traducción. Así, cuando le conceden el Premio Nobel, casi nadie sabe en Europa de quién se trata, hispanistas aparte. De hecho, aunque había sido traducido a numerosas lenguas, su repercusión entre los lectores era más bien escasa.

Lo curioso es que los escritores que acceden con cierta facilidad a otras lenguas, a otros mercados, no siempre lo hacen por su calidad literaria, ni siquiera porque se vayan a vender. El mecanismo funciona de una manera algo más pedestre, esto es, por simple intercambio entre editores, y –a menudo- por razones extraliterarias. De este modo, si viajan a cualquier país y entran en las librerías, se llevarán una grandísima sorpresa al ver qué escritores españoles están traducidos al italiano, al francés o bien al alemán, Casi nunca -qué duda cabe de que hay excepciones-, se corresponden con los que nosotros pensamos que son los grandes narradores españoles vivos, aquellos que parece que mejor nos representan.

Todo este espejismo ha hecho que, de un tiempo a esta parte, aparezca en España un tipo de narrativa que claramente podríamos tachar de poco sincera, de complejidad rebajada. Me estoy refiriendo, en concreto, a esas novelas en las que la lengua resulta más funcional, quizá pensando en esa posible lectura que pueda darse

aquí y afuera, global; así como en que pueda soportar mejor la traducción y facilitar, en consecuencia, el acceso a un público lector mucho más amplio.

Así pues, esto último no es sino una manifestación más de la presencia apabullante del mercado en nuestras letras, el cual también condiciona la aparición de los escritores en los medios de comunicación; la obtención de premios, prestigios inflados o falsos y, en definitiva, el reconocimiento de los escritores por razones espurias que nada tienen que ver con el valor y la complejidad de lo literario. Quizá la crítica literaria que se hace en los suplementos de libros, en las revistas, la crítica académica universitaria más a largo plazo, debería ejercer un papel más importante, de forma que desempeñase la función que le corresponde intrínsecamente: jerarquizar los libros, es decir, analizarlos, explicarlos y valorarlos. Y no contribuir, por tanto, a la confusión generalizada. ¿Acaso cumple la crítica con esa función? Pues no siempre, por desgracia, aunque haya críticos que sí lo hagan.

En resumidas cuentas, creo que nos encontramos ante un panorama en el que la narrativa española goza de bastante salud. Casi nunca hemos tenido en España una novela y unos cuentos de tanto valor e interés como los publicados en las tres o cuatro últimas décadas, aunque a la vez hayan aparecido diversas perversiones que acechan incluso a los escritores considerados importantes, subvirtiendo en cierta forma sus creaciones.

El caso es que al lector de a pie le cuesta mucho distinguir un libro de otro, le cuesta escoger y le faltan elementos de referencia para valorar los numerosos productos que ofrece el mercado. Ésta es la situación, y creo que se explica muy bien en este mundo globalizado en el que, escojo una cita de Baricco, “el combustible de la globalización es el dinero”, y no los libros. En fin, Baricco lo explica bien, con tanta gracia como cinismo.

Tal como la recibimos nosotros en España, la globalización se parece a la homogeneización de productos banales que casi siempre nos vienen de la sociedad norteamericana. A cambio, nosotros no exportamos nada. De hecho, a mí me sorprende oír hablar del gran prestigio y del auge del español en Estados Unidos, de las grandes ventas de la literatura que producen los hispanos. Entre estos lectores, en efecto, es así. Pero toda esa literatura que generan los hispanos y que se traduce al inglés, o que está escrita ya directamente en inglés, suele ser una vez más antropología y folklore: desde los reyes del mambo que cantan canciones de amor hasta las señoras que cocinan tan maravillosamente bien que lo convierten en un afrodisíaco, sin olvidar las novelas de,

por ejemplo, Sandra Cisneros. A mi juicio, eso es darle folklore al lector norteamericano, y dista mucho de lo que debería ser una literatura compleja que estuviera a la par y altura de lo que se genera en otras del resto del mundo.

Pienso, por ejemplo, en el llamado *boom* de la literatura latinoamericana, que quizá fuese el mejor ejemplo de globalización real, cuando nadie hablaba todavía de tal cosa: la coincidencia de que, en diez o quince años, unos cuantos escritores generaran libros de indiscutible calidad, de valor universal. Es el caso de Julio Cortázar, José Lezama Lima, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa o Ernesto Sábato, pero también de escritores de generaciones muy distintas como Borges, Juan Rulfo, etc, quienes elaboran libros que se pueden traducir a otras literaturas, recibándose sólo como literatura.

A la inversa, en muy pocas ocasiones hemos consagrado dentro a autores que no hubieran obtenido, previamente, su reconocimiento fuera. Se me ocurren dos ejemplos muy conocidos, pero no por ello menos ilustrativos: el del director de cine Woody Allen, cuyo prestigio es mucho mayor en Europa que en Estados Unidos, y cuyas películas, si funcionan comercialmente –hasta donde funcionan- es por el apoyo incondicional del espectador europeo; y el caso de un narrador, Paul Auster, considerado en Estados Unidos un autor de segunda fila, y cuyo prestigio es fruto del reconocimiento obtenido en Europa. Pero lo cierto es que son excepciones. Por lo general, permanecemos, desde el punto de vista literario, en la actitud pasiva de recibir muchos materiales, no siempre los mejores, para tragárnoslos sin más. Quizá la única solución sea, tanto en las revistas como en los suplementos de libros o en las secciones de cultura de los periódicos, intentar poner un poco de orden y distinguir los libros de interés de los que nos venden como meros productos comerciales con fecha de caducidad. No siempre es fácil apostar y defender los libros que son realmente valiosos, porque los medios de comunicación también viven de la publicidad y de los intereses comerciales. El tema, como ven, es inmenso, de modo que podríamos desarrollarlo mucho más, y sobre todo profundizar en lo que no han dejado de ser meras impresiones.

Luis Javier Moreno: Ahora tienen ustedes la palabra tanto respecto a la conferencia del profesor Vidal-Beneyto como respecto a las intervenciones de los ponentes de la mesa. Teniendo en cuenta el factor tiempo, que por distintas circunstancias hoy se nos ha echado encima con más premura, les rogaría que hagan sus preguntas sin ningún tipo de cortapisa pero pensando en la brevedad.

Público: En este concepto de globalización, yo preguntaría hasta qué punto el periodismo en estos momentos está desplazando a la Literatura o a la Historia.

Julio Pérez Serrano: Yo voy a responder por lo que corresponde a la Historia, y me imagino que Fernando Valls lo hará desde el punto de vista de la literatura. A la Historia efectivamente la está desplazando, y mucho. Pero en gran medida por responsabilidad de los propios historiadores. Los libros de Historia hasta hace muy poco tiempo han resultado absolutamente infumables para el ciudadano normal: la cuantificación excesiva, una terminología farragosa... Yo creo que ahí había un giro lingüístico que hacer, y los historiadores ahora están comenzando a poner eso en práctica. Claro, el historiador no tiene la fluidez del discurso periodístico y tampoco –como yo acabo de demostrar- el hábito de decir en poco tiempo una serie de ideas claves, que es lo que logra el periodista con una gran facilidad. ¿Qué tiene, a cambio, el historiador? Lo que nosotros denominamos, quizá de manera autosuficiente, *espesor*. El argumento del historiador se supone que se asienta sobre un conocimiento más denso del pasado histórico, y ello implica –aunque esto puede ser discutible- un mayor crédito, mientras que el periodista trabaja con un espesor más delgado. No sé si aquí habrá algún periodista que quiera matizarlo, pero creo que, por necesidad de su propia profesión, trabaja con un cantidad de información y con un arco cronológico mucho más fino, más delgado. Hay que tener en cuenta cuál es la pretensión de cada uno. El periodista inicialmente tiene la pretensión de informar, mientras que el historiador pretende un conocimiento permanente, y eso lo conecta con la pretensión científica, la de los saberes, en contraposición a la intención del periodista, que lo que procura es aportar materiales, herramientas, noticias o informaciones que luego sean manejadas por otros para el uso político, social o para la acumulación de memoria. Y la finalidad condiciona también el estilo que se utiliza.

Fernando Valls: En España hay una tradición que, hasta donde yo sé, no se da en ningún otro país occidental, que es la del artículo literario. Desde Larra es una tradición fundamental en la vida cultural española. Algunos de los grandes libros del siglo XX, de Azorín, Unamuno y Ortega, por ejemplo, se han publicado como artículos en los periódicos. El artículo literario tiene dos características muy interesantes: primero, la opinión; y, segundo, la voluntad de estilo, que es el componente esencial. Me refiero a

artículos que aparecen en la prensa de hoy como los de Juan José Millás o Manuel Vicent, por citar a dos articulistas actuales que aprecio. Eso le da una peculiaridad al periodismo español que no tiene ningún otro, pero en el caso de Millás –el más complejo, en mi opinión- a veces no se trata ni siquiera de artículos, sino de cuentos o microrrelatos, o *articuentos* como él mismo los ha denominado. O sea, que ahí hay un componente de creación literaria, a veces interesantísimo; en el caso de Millás porque es el laboratorio experimental de sus obras mayores (y yo soy de los que no creen en la jerarquía de los géneros). Lo curioso es que aquí el trasvase es de un género supuestamente *menor* a otro supuestamente mayor, a la novela. Si se fijan, desde que Millás publica los artículos en la última página de *El País*, sus novelas después van siguiendo todos los experimentos de ese laboratorio que suponen, desde el punto de vista retórico y técnico, sus artículos. Los artículos de Millás muchas veces son artículos de opinión, pero otras muchas se pueden leer perfectamente como cuentos. Si los sacamos del periódico y los recogemos en un libro, funcionan exactamente igual. Ése es un fenómeno, en mi opinión, de sumo interés.

Después, hay otra cuestión que quizá también sirva para responder a su pregunta. Y es que, por fin, los profesores de Universidad se han empezado a ocupar en serio y de manera frecuente de la literatura y están ejerciendo como críticos literarios en la prensa. Hasta hace poco -recuerdo, por ejemplo, el suplemento de *Información*, fundamental en los años setenta-, sólo ejercían la crítica los periodistas o los escritores. Este fenómeno me parece beneficioso por dos razones: porque asegura un conocimiento mayor y, de paso, mejora la escritura, el estilo, de los profesores. Desde que frecuentan la prensa, los profesores escriben mucho mejor. Han abandonado ese tono erudito, pesado, magistral, para escribir en un tono ensayístico, que yo creo que debe ser siempre el del análisis literario.

Público: Más que una consulta, quiero hacer un breve comentario de las conferencias que hemos tenido hoy. Mi enhorabuena personal y profesional a José Vidal-Beneyto, porque me ha parecido una conferencia maravillosa. Y me gustaría quedarme con la conclusión última que hizo. Dijo: “Debemos cambiar la definición de *universal*, que no es abstracto, no es genérico. Hoy lo universal es lo local, lo concreto, lo accesible planetariamente. No queremos una única aldea global: queremos una aldea global, en definitiva, hecha de la multiplicidad de las aldeas locales”. Me pareció increíble, porque estaba pensando, mientras estaba terminando su conferencia, en el trágico incidente del

seguidor del Deportivo, Manuel Ríos, y en cómo pueden afectar los localismos a lo que entendemos por global. Precisamente por eso, estaba escribiendo una cosa justo cuando el profesor Vidal-Beneyto aludió a la importancia de la multiplicidad de lo local, y es lo siguiente: “Al conocer otras culturas, valoramos y podemos revalorizar la nuestra, pero sólo en un mundo sin localismos podrá entenderse lo que verdaderamente significa una identidad global”.

La intervención de Julio Pérez Serrano también me ha parecido muy interesante, y destacaría su interés por la palabra, su recuperación de la memoria, etc. Yo soy muy seguidora de Ismael Pérez Serrano, y él dice en un disco que se llama *La memoria de los peces* (porque los peces no tienen memoria) que en este momento actual, en el que hemos olvidado el “Prestige” y donde parece que la guerra nunca existió, no está de más que se recuerde y no se olvide. Aunque sólo sea por unos pocos locos, o no tan locos, que seguimos luchando.

Para terminar, quisiera hacer una consulta sobre algo que me preocupa muchísimo, aparte de la pasividad aparente (o no tan aparente) que vivimos, que es el tema de la educación. Ya que habéis sido tan explícitos en vuestras intervenciones, me gustaría que hicierais algún comentario sobre qué papel tiene la educación para evitar esos localismos que pueden conducir a la muerte de una persona que es vecina de otra, simplemente porque es de otro equipo de fútbol.

José Vidal-Beneyto: Yo diré nada más que somos cada vez más numerosos los que pensamos que las cosas, la sociedad, la vida, no se cambian a golpe de decreto, sino a golpe de decisiones personales, que estas decisiones personales sólo pueden fundarse en un patrimonio de conocimientos y lo que hemos de intentar todos es enriquecerlo. Antes de venir a hablarles a ustedes de la literatura mundial, he necesitado tres días en Internet para ver las publicaciones que había, leérmelas, resumírselas, etc., de modo que todos los procesos de aprendizaje son fundamentales para el progreso en cualquier actividad humana.

Público: Yo, en primer lugar, quería protestar un poco por esa visión dantesca que Fernando Valls ha dado sobre la situación del panorama literario contemporáneo. Probablemente tenga razón, pero me gustaría poner de relieve, por ejemplo, que, al menos en los países occidentales, Cervantes tiene el mismo rango que Shakespeare en cuanto a la exploración del misterio de lo humano. Y que ese proceso de

universalización de la ciudadanía de la que hablo usted ya está en marcha. Un pequeño ejemplo: hay una comunidad hispana en Estados Unidos que se está preocupando de profundizar en su identidad, es decir, no se queda en el idioma, sino que, por ejemplo, se está preocupando de leer a Quevedo. Digo esto para contrarrestar ese panorama espantoso que ha dibujado usted.

Fernando Valls: La verdad es que no tengo la impresión de haber dibujado ningún panorama espantoso, más bien al contrario, pero no por ello quiero dejar de llamar la atención sobre algunos de los efectos perversos de la globalización sobre la literatura. A nosotros no parece que nos haya resultado beneficiosa. Es probable que a la literatura norteamericana o a la francesa (bueno, a la francesa tampoco), o a otras literaturas sí les beneficie, y mucho. A la española, hoy por hoy, no creo. Voy a poner un caso concreto, no hace falta irnos a Cervantes ni a Quevedo: Javier Marías. A mí Javier Marías me parece un escritor espléndido, muy pocas veces hemos tenido autores de su calidad. Pues Javier Marías en Alemania ha tenido un gran éxito porque el crítico Marcel Reich-Raknicki dijo en su programa de televisión que *Corazón tan blanco* era extraordinaria, y se vendieron quinientos mil ejemplares. Pero esa misma novela, traducida al inglés y publicada en Estados Unidos, apenas tuvo repercusión, seguramente por ser su autor español y por el tipo de escritura que cultiva. Si hubiera sido una novela en la que los gallos vuelan y se cocina con remolacha y guacamole, quizá les hubiera encantado a los norteamericanos, que esperan de nosotros sobre todo antropología, que es lo que buscan en la literatura española. A eso me refería.

Como le decía, para mí, el panorama no es apocalíptico sino todo lo contrario. Vengo diciendo desde hace mucho tiempo, por escrito, que nunca hemos tenido una narrativa tan interesante como la de las tres últimas décadas. Nunca habíamos tenido tantos buenos libros, tantos escritores de cuentos de calidad, ni articulistas, ni autores de diarios, ni de libros de memorias... En suma, que me parece que nunca se habían cultivado tantos géneros narrativos distintos con tanta calidad como ahora. Como tampoco habíamos tenido simultáneamente escribiendo a autores, por poner el ejemplo, de la generación del 50, como Caballero Bonald o Juan y Luis Goytisolo, y gente como Juan Eduardo Zúñiga, Álvaro Pombo, Javier Marías, Luis Mateo Díez, Juan José Millás, José María Merino, Manuel Longares, Enrique Vila-Matas, Cristina Fernández Cubas, una escritora de cuentos extraordinaria, Gustavo Martín Garzo, Antonio Muñoz Molina... Y seguro que me dejo nombres que aprecio. En fin, gente que está ganando

premios en Italia, Francia o Inglaterra, con normalidad absoluta, compitiendo con los mejores escritores de las demás literaturas. Eso no había ocurrido hasta ahora en la literatura española. Creo, sinceramente, que la narrativa española pasa por un momento importante.

José Vidal-Beneyto: Yo quiero aportar un dato en favor de usted, y es que, puesto que se ha citado a Marías –no citaré a otros autores-, diré que este escritor, según he leído, ha sido traducido a diecinueve lenguas. No está mal, tampoco hay tantos novelistas que estén traducidos a diecinueve lenguas, y no hablo sólo de españoles, sino también de italianos o incluso de franceses. La presencia de Javier Marías en Francia no es que sea sensible, es que es abrumadora. Por todas partes –en los periódicos, etc.- te encuentras a Javier Marías, y de manera justificada desde luego: digo abrumadora como dato descriptivo, no como consideración peyorativa. Por lo tanto, yo pienso que lo que ha dicho Fernando Valls (que seguramente tiene razón porque conoce el tema mucho mejor que yo) tiene sin embargo excepciones. Y por no hablar de que hay una serie de autores españoles traducidos al japonés, como sabéis. Me han dicho que veintinueve, lo que tampoco está mal. Y hay una persona traducida a todas las lenguas, que es Pérez Reverte. Sin entrar en ningún tipo de consideración, cabría preguntarse el porqué de ese *boom* de la presencia española en el exterior. Yo creo que se debe a que España ha vivido la transición al régimen democrático, y en el mundo occidental, que es el que conozco (no sé si en Senegal o en Birmania hay muchos libros traducidos), la determinación política y la moda española han influido muchísimo en ese *boom* de traducciones españolas en los últimos veinte años. España ha estado de moda y hoy los franceses dicen continuamente que España es un país mucho más dinámico que Francia, hasta el punto de que dicen –si me perdonan las señoras-: “si quieres ganar dinero o follar bien, ve a España”. De modo que, tanto en el aspecto económico como en lo referente a la vida cotidiana y cultural en sentido amplio, España está muy prestigiada hoy.

Fernando Valls: Aquí la cuestión no es la excepción sino la generalidad. El caso de Javier Marías, sí, es una excepción, pero no hay muchas más. Y la cuestión no es tampoco a cuántas lenguas están traducidos. Hay escritores cuyos nombres no dirían apenas nada, que están traducidos a muchas lenguas, pero que no tienen ninguna repercusión en los países en los que se han traducido. Y no me refiero al Senegal, claro

está, sino a países como Italia, Francia o Alemania. Pero no es eso lo significativo. Cuando hablo de presencia, hablo de reconocimiento y de respeto, de la misma manera que cuando nosotros recibimos una novela de Sebald o Coetze lo hacemos con respeto. Y esto sucede muy pocas veces con escritores españoles en el extranjero. Y cuando ocurre, no siempre es por factores literarios. Ese es un poco el resumen de mi discurso. Ahora bien, estoy totalmente de acuerdo con que hoy la posición de España en el mundo ha sufrido un cambio radical con respecto a hace tres décadas, y básicamente debido a la transición: una transición que ha sido históricamente modélica pero que, curiosamente, los escritores han criticado con mucha dureza. Pero ése es otro tema.

José Vidal-Beneyto: Sí, es otro tema que no podemos tocar ahora. Diré nada más el título de dos obras mías sobre la transición. Una se llama *Del franquismo a una democracia de clase*. Y otra, *Diario de una ocasión perdida*.

Luis Javier Moreno: Muy bien, pues con esto nos despedimos.